

1.500,000, ejército de desgraciados que debía aumentarse y multiplicarse en el curso de tres siglos, á pesar de todos los progresos y revoluciones realizadas alrededor de Rusia en el resto del mundo.

El período que siguió inmediatamente á los tiempos malditos de Ivan el Terrible y de Boris Godunov fué peor todavía: el pueblo parecía haberse completamente abandonado; era presa de la alucinación y de la locura. Los jesuitas, que tendían á la dominación del mundo, pudieron creer llegado el momento de apoderarse de Rusia como se habían apoderado de Polonia para gobernarla en nombre del rey Segismundo. Siguiendo su método, que consistió siempre en hacer las revoluciones por arriba, engañando á los amos y cambiándolos en caso necesario, lanzaron un impostor, supuesto hijo de czar, para prepararles los caminos, y pronto, en efecto, ocupaban el Kreml' de Moscou, bien custodiados por una guarnición polaca; pero abusaron del poder conquistado, distribuyendo demasiado ostensiblemente las plazas lucrativas á sus protegidos extranjeros de Polonia y de Alemania, y, con la ayuda del sentimiento nacional, una rebelión general acabó por reconciliar contra ellos el conjunto de la nación, sacerdotes, mercaderes, pueblo y boyardos. En 1613, el Kreml', monumento simbólico del poder nacional, era tomado otra vez contra los soldados polacos, y una nueva dinastía, la de los Romanov, se establecía en Moscou.

Pero la guerra había de continuar en las fronteras que los mismos czares habían desguarnecido de sus defensores naturales, y, bajo la presión de los Turcos, de los Polacos y de los Suecos, la extensión de las posesiones rusas se modificaba incesantemente sin que unos puntos fijos, penosamente conquistados, permitiesen constituir límites artificiales por un cordón de fortalezas. Sin embargo, por numerosas que fuesen las vicisitudes sobre los confines occidentales del imperio, los mayores cambios, después de la reconciliación momentánea que se había producido contra los amos extranjeros, habían de ser los que se realizaban en el interior de Rusia, bajo un doble esfuerzo, absolutamente contradictorio por las consecuencias, procedentes de la naturaleza misma del medio geográfico y del monopolio de las tierras, incluso el hombre que las cultivaba. Mientras que en la llanura ilimitada, el sol de cada tarde, invitando al viaje,

desaparecía tras los bosques del horizonte, un amo, armado con un látigo, encerraba al campesino en una villa de donde le estaba prohibido salir. Nuevas emigraciones y la colonización de tierras vírgenes respondían á un impulso natural, casi irresistible, y todo el conjunto del poder, representado por los decretos y las leyes, las penas y los suplicios imponía la inmovilidad de la servidumbre. De



Cl. Sellier.

ALDEA RUSA EN EL SIGLO XVII

ese modo la historia de Rusia es doble en su aspecto: alternativa-mente ó á la vez fué la historia de las invasiones por los pueblos nómadas y la de la colonización por las poblaciones agrícolas; los anales de la comarca están llenos de narraciones relativas, unas á la repentina irrupción del país por extranjeros, otras al establecimiento de los mujiks en otros países<sup>1</sup>.

La llanura inmensa de Rusia facilitaba la amplitud alternativa de esos movimientos contrarios, sea cuando las hordas asiáticas se derramaban en un diluvio de hombres sobre los campos, sea cuando

<sup>1</sup> Al. Tratchevski, *Revue internationale de Sociologie*, Agosto 1895.

una de las dos instituciones suprimía la otra, y la moral de la nación que, no reivindicando la libertad para todos, no veía en ello más que una feliz casualidad ó un privilegio de raza ó de clase, podía hacer posible la previsión de que el rudo interés de los poseedores de «almas», rusas ó polacas, acabaría por dominar en la república del Dniepr.

El contraste de las dos sociedades en lucha se hacía tanto más agudo, cuanto que las comarcas en litigio del sud de Rusia se hallaban entonces en vía de población rápida y todos los intereses de la Europa oriental estaban directamente solicitados por las transformaciones que se efectuaban en el país. En efecto, bandidos turcos y cosacos habían devastado de tal modo las partes meridionales de Rusia, entre la zona de las «tierras negras» y el litoral, que ya no había nada que robar, los habitantes habían desaparecido sin quedar uno, y las incursiones en busca de botín se hacían demasiado largas para que el resultado pudiera compensar las fatigas y los peligros. Hasta una comarca de unos 50,000 kilómetros cuadrados fué delimitada al sud de Tcherkasi, entre el Dniepr y las fuentes del Ingul y del Ingulets, para constituir una marca completamente vedada. Pero si la despoblación de esas tierras fértiles ponía al fin un término á las incesantes luchas de los Turcos mahometanos y de los Cosacos cristianos, esa misma despoblación atraía de todas partes la multitud de los emigrantes. Al mismo tiempo que los libres Zaporogos, afluían siervos fugitivos, lo mismo que colonos más ó menos dependientes de señores que se habían hecho conceder ó que á la fuerza se habían apropiado tierras.

Sin embargo, los ricos concesionarios, Polacos en su mayor parte, no podían atraer inmigrantes á sus tierras sino á condición de prometer á los paisanos una libertad á los menos temporal, y la multitud de desgraciados hambrientos del Nortecayó con entusiasmo sobre las fértiles campiñas del Mediodía, donde debía encontrar una gleba que pronto había de ser su propiedad. En algunos años, Lituanios á millares habían acudido á la región antes desierta, y cada arroyo y cada río se guarnecía de un collar de aldeas y villas. La población fué tan rápida como dos siglos después en los campos del Oeste americano. El feudalismo del señor se hacía tanto más difícil de conservar cuanto más rápidamente se poblaba su territorio y más

se acostumbraban los colonos á la práctica de la libertad. Sin embargo, el pretendido amo continuaba reivindicando lo que llamaba su derecho sobre los campesinos colonizadores, y buscaba alianzas entre los soberanos y los bandidos: de tal situación resultó un remolino de guerras entre Cosacos, Polacos y Rusos, que cambiaba constantemente las fronteras de las señorías y de las comunidades más ó menos libres.

Otro elemento, el de las luchas religiosas, venía á añadirse y frecuentemente á confundirse al movimiento social y político de la colonización de las tierras nuevas. Rusia no podía exceptuarse del trastorno general que agitó á Europa en tiempo de la Reforma; pero la crisis fué allí naturalmente más tardía y debió su carácter especial á un medio completamente diferente. El gobier-



CASCO RUSO, SIGLO XVII

Cl. Sellier.

no de los czares, que quería tener bajo su dominio una multitud sin pensamiento que se conformara con la imposición de arriba, había hecho adoptar por un concilio de prelados (1666) todo un conjunto de cambios litúrgicos y confesionales que parecieron otras tantas blasfemias á los viejos creyentes. Estalló la rebeldía de las conciencias, y como suele suceder á consecuencia de la complejidad infinita de los sentimientos y de los pensamientos, resultó que los conservadores más ardientes de la práctica de los abuelos eran al mismo tiempo los inno-

vadores más atrevidos en concepto político. Los campesinos, habituados á las ceremonias tradicionales, consideraron como un crimen la ingerencia del poder civil en lo que era del dominio de su conciencia privada, pero es evidente que ese rencor religioso participaba en gran parte del triste sentimiento de la libertad perdida: las prácticas del culto les parecían como el consuelo supremo desde que, reducidos á la servidumbre, ni siquiera tenían el derecho de escapar de la tierra, que ya no les pertenecía. De ahí nacieron aquellas sectas del *raskol* (escisión), procedentes todas del espíritu de conservación y que, no obstante, presentan multitud de formas diversas. Hubo pocos levantamientos á mano armada, porque los campesinos no tenían más que palos y látigos contra espadas y fusiles. La mayor parte huyeron á las soledades de los pantanos y de los bosques ó traspasaron las fronteras del imperio; otros fueron á unirse á los cosacos de la estepa; otros todavía, que quedaban adscriptos á la gleba, se limitaban á oponer constantemente una fuerza pasiva ó activa á todos los mandatos del poder, á todas las «reformas» religiosas, administrativas ó políticas. Cualquiera que fuese la insurrección que se produjera, reclutaba partidarios entre los disidentes *raskolniki*. La mayor parte de los viejos creyentes tenían por primer artículo de fe en la vida civil la abolición del pasaporte y de los papeles administrativos; se oponían á todo recuento y evitaban cuidadosamente toda relación con las autoridades: su ideal era la vida anárquica, lejos de todo representante del poder. Y tal era su amor á la libertad, que con frecuencia preferían la muerte al servicio militar y al pago del impuesto. Se han visto *begunis*, exaltados en éxtasis, encender su propia hoguera ó encerrarse en algún reducto para morir allí de hambre. Los restos de esos mártires son venerados como reliquias por los campesinos de las inmediaciones.

De todas las rebeliones que estallaron en Rusia, la más peligrosa para el trono de los czares fué la que dirigió Stenko (Esteban) Razin en las orillas del Don y del Volga hasta el Ural. En 1669, Razin, que tenía que vengar la muerte de un hermano, saqueó los bienes de los señores y de los burgueses en toda la región de Tsaritsin, Samara, de Saratov y se estableció sólidamente en Astrakhan, cuya población le había aclamado. Convertido en el gran justiciero, llamaba á sí

á los «ofendidos» y los «humillados», á todos los que sufrían por su fe ó por su lealtad; corrió el rumor de que tenía consigo á Nikon, el patriarca perseguido, y á un hijo del czar, verdadero heredero del

N.º 408. San Petersburgo y sus inmediaciones.



1: 2 000 000

0 25 50 100 Kil.

imperio. Después de cuatro años de guerras crueles que costaron la vida á más de cien mil individuos, Stenko Razin fué vencido en una gran batalla, capturado y entregado á la muerte en el tormento.

La ciudad rebelde de Astrakhan intentó en vano resistir; toda rebeldía material fué aniquilada, y no quedó en la masa esclavizada del pueblo más que los odios sordos y las esperanzas invencibles. Mucho tiempo después la tradición popular sostenía que Stenko Razin no había muerto, y que esperaba el gran día de la libertad al otro lado del «mar azul»<sup>1</sup>.

En medio de todos esos elementos caóticos de una sociedad en formación se desarrolló el niño Pedro Alexeyevitch, quien, ya revestido con el título de czar á los diez años (1682), llegó pronto á ser el dueño absoluto del Estado, como lo había sido su antecesor Ivan el Terrible, y marcó de tal manera el aparato gubernamental, que su huella se ve todavía después de doscientos años. Ante todo empezó desembarazándose por la matanza de los pretorianos Strelsis, que se ingerían en los asuntos políticos y religiosos; después, con un ejército reorganizado que confió á oficiales de fortuna venidos de la Europa occidental, emprendió la gran tarea de abrir de nuevo para el imperio ruso las puertas marítimas casi enteramente cerradas desde la destrucción de Novgorod.

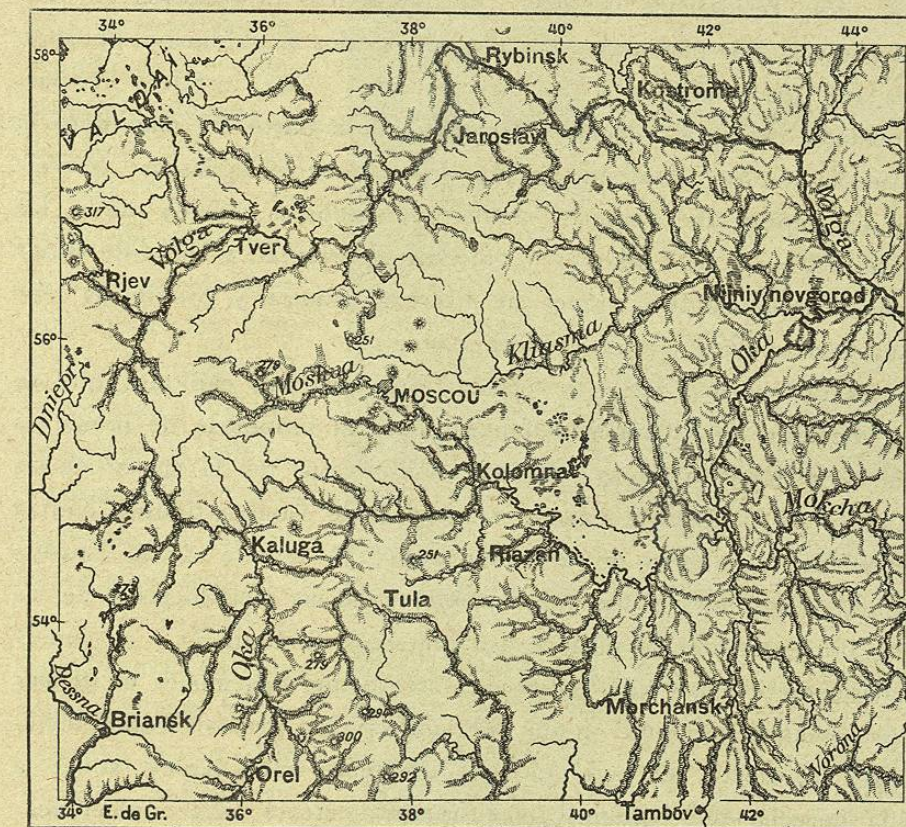
En 1697 se apoderó Pedro de una de esas puertas, Azov, situada á la orilla de un golfo casi perdido del mar Negro, los antiguos Palus Meotides: tal cual es, ese punto del litoral no deja de ser una preciosa conquista y el punto de partida de las adquisiciones futuras. Una ciudad comercial, Taganrog, se eleva no lejos de la ciudadela de Azov, á la orden de Pedro, y sus barcos se presentan en los puertos de la Transcaucasia y del Asia Menor. Después el czar se vuelve hacia el Oeste, donde el mar Báltico le invita á un comercio mucho más lucrativo con las comarcas más industriales del mundo. Pero esos tesoros están guardados por unos dragones de los que es preciso triunfar ante todo por la fuerza ó por la astucia: Suecia y Polonia le obstruyen el camino. Entonces fué cuando se inició el drama épico entre Carlos XII y Pedro el Grande, entre la fantasía heroica y la voluntad tenaz.

Esta acabó por triunfar. Vencido una primera vez en la batalla de Narva en 1700, Pedro quedó victorioso en Poltava, nueve años después, y rechazó á su adversario sobre el territorio turco. Caído

<sup>1</sup> P. Mérimée, *Etude littéraire sur Tourguenef*.

en una emboscada, de la que salió felizmente por una hábil diplomacia, no dejó de proseguir su obra capital, consistente en desplazar el centro de gravedad de su imperio de modo que le pusiera en comunicación constante con los países de la Europa occidental. El delta pantanoso del Neva, aunque muy húmedo, difícil de consolidar

N.º 409. Moscou y sus inmediaciones.



1 : 6 000 000

0 100 200 300 Kil.

y de protegerse contra las inundaciones fluviales y marítimas impulsadas por el viento del Oeste, era el punto más favorable que pudiera escogerse como depósito de comercio y lugar de residencia vuelto hacia Occidente. Los Suecos, primeros poseedores de aquella parte del litoral, no dejaron de utilizarle para el tráfico y la guerra: allí habían edificado Landskrona, después Nyskans. Pedro no hacía más que comenzar de nuevo la obra en su provecho, y en tales condi-